

## EL CUERPO Y LA SANGRE DE CRISTO (CICLO A)

En esta solemnidad del Corpus Christi, la Iglesia nos invita a contemplar con asombro y gratitud el mayor regalo que Cristo ha dejado a su pueblo: su propia presencia en la Eucaristía.

En el Evangelio de san Juan escuchamos unas palabras que debieron parecer desconcertantes para quienes las oyeron por primera vez: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre». Jesús no habla de un símbolo ni de un simple recuerdo. Habla de sí mismo, de su carne entregada por la vida del mundo.

Dios siempre ha querido estar cerca de su pueblo. En el Antiguo Testamento acompañó a Israel en la nube y en el arca de la alianza. Pero en Jesucristo ha ido mucho más lejos: se ha hecho hombre y, además, ha querido permanecer con nosotros bajo las especies humildes del pan y del vino. El Señor sabe que nuestro camino está lleno de cansancios, tentaciones y luchas. Por eso nos alimenta con su propio Cuerpo y con su propia Sangre.

La Eucaristía no es solo un premio para los buenos, sino el alimento de los peregrinos. Así como el pan sostiene la vida del cuerpo, Cristo sostiene la vida del alma. Cada comunión recibida con fe fortalece nuestra unión con Él, nos ayuda a vencer el pecado y nos impulsa a vivir según el Evangelio. Cuando participamos en la Misa, no asistimos a un simple acto religioso; entramos en el misterio de la entrega de Cristo que se ofrece al Padre por nuestra salvación, porque nos hace partícipes de su vida y de su ser.

Jesús afirma también: «El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él». Esta es una de las promesas más hermosas de toda la Escritura. Dios no quiere ser un visitante ocasional en nuestra vida; quiere habitar en nuestro corazón. La comunión crea una intimidad profunda entre Cristo y el creyente. Quien se alimenta de Jesús está llamado a pensar como Él, amar como Él, a servir como Él, a vivir todo con Él.

Por eso, celebrar el Corpus Christi implica también comprometernos con los hermanos. No podemos recibir el Cuerpo de Cristo en el altar y permanecer indiferentes ante el sufrimiento de los pobres, los enfermos o los que están solos. La Eucaristía nos transforma en un solo cuerpo en Cristo, y nos envía a ser signos de amor y de esperanza en medio del mundo.

Pidamos hoy a la Virgen María la gracia de redescubrir el valor de la Misa, de acercarnos a la comunión con un corazón limpio y agradecido, de adorar con fe a Jesús realmente presente en el Santísimo Sacramento, y a llevarlo a los demás.